

Pero ya se pueden considerar ilustrados al matemático y filósofo francés, presidente de la Academia de Ciencias de Berlín e introductor del newtonianismo, Pierre Moureau de Maupertuis (1698-1759); al emperador aficionado a la filosofía, Federico II (1712-86); al maestro de Kant, Martin Knutzen (1713-51), y al creador de la estética moderna, Alexander Baumgarten (1714-62).

En el resto de países comienza a haber un número apreciable de intelectuales ilustrados. El sueco Linneo (1707-78), por luchas profesionales, se exilió a Holanda, donde produjo sus trabajos más importantes. Concibió su clasificación binaria y, de vuelta a Suecia, fue médico y botánico del rey y presidente de la Academia de Estocolmo.

El americano Benjamin Franklin (1706-90), a pesar de tener una vida muy larga y fructífera, produjo en este período (en el que se creó la Universidad de Pensilvania) las obras más filosóficas y la dedicada a la electricidad y los rayos.

También culturalmente Rusia comienza a incorporarse al mundo europeo y a la Ilustración con el escritor, científico y gramático Mijail V. Lomonósov (1711-1765).

También aparecen los primeros ilustrados hispánicos (que significativamente nacen en los territorios más burgueses de la periferia española como Asturias –minas, puertos– y Cataluña). Feijoo publica entre 1726 y 1740 *Teatro crítico universal* y entre 1742 y 1760 *Cartas eruditas y curiosas*; Mayans, en 1737, publica *Orígenes de la lengua española* y, entre 1737 y 1742, edita el *Diario de los literatos* a imitación del *Journal des Savants*; y Torrente y Villarreal publica su *Vida* en 1743 y 1751

El rococó

El segundo cuarto del siglo XVIII es en arquitectura, decoración y artes plásticas el momento del arte cortesano por antonomasia: el rococó. Sucede al barroco y, significativamente, es casi inexistente

en Gran Bretaña, mientras que triunfa en Austria y en la Alemania meridional (los arquitectos J. B. Neumann, D. Zimmermann y J. M. Fischer, cuyas iglesias más conocidas se edificaron entre 1730 y 1767), a pesar de partir de Francia. Podemos incluir el arquitecto Oppenodt, los orfebres T. Germain y J. A. Meissonier, los pintores Watteau (1684-1721), Boucher, Chardin y Tiepolo (frescos al Palacio Real de Würzburg 1750-1753). En música se acaba la producción de Antonio Vivaldi (1678-1741) y de J. S. Bach (1685-1750), mientras que culmina la de G. F. Haendel (1685-1759).

TRIUNFO Y AUTOCRÍTICAS (1750-1774)

En la mitad del siglo XVIII, la Ilustración parece haber logrado su mayoría de edad, como lo muestran la decisiva publicación de la *Enciclopedia francesa*, la aparición de nuevos pensadores de gran éxito como Rousseau y, culminando en 1774, la independencia de las colonias inglesas norteamericanas (presentada como defensa de la libertad y con un importante apoyo de Francia).

Por otro lado, también se puede considerar un signo de mayoría de edad el hecho de que comiencen a aparecer las primeras autocríticas. Además, ya no se hacen desde posiciones conservadoras o retrógradas, sino en el seno de la misma Ilustración que en gran medida se reinventará a través de una nueva y potente generación de filósofos.

La expansión británica y rusa

En los aspectos económicos y políticos internacionales, la segunda parte del XVIII ve la clara consolidación del predominio británico. Ha impuesto su visión del equilibrio continental europeo, al mismo tiempo que usa su potencial marítimo y financiero para garantizarse el predominio colonial.

Al finalizar la guerra de sucesión austriaca, la paz de Aquisgrán (1748) deja problemas no resueltos y a Francia y Austria

insatisfechas. Con la pérdida de Silesia, Austria sale perjudicada territorialmente y no se resigna a la pérdida del papel de heredera más directa del imperio germánico, especialmente cuando se ve reforzada con su expansión a costa del imperio turco. Permanece así abierta la lucha por el predominio en el continente, ya que las grandes monarquías tradicionales –Francia y Austria– deberán competir con las potencias emergentes: Prusia y Rusia. Como hemos expuesto, muy significativamente, todas juegan al despotismo ilustrado, en un esfuerzo competitivo para maximizar la producción del propio país (“todo para el pueblo”) desde arriba y afirmando el control monárquico central sobre todo el Estado nación (“sin el pueblo”).

Un complejo equilibrio de intereses se manifiesta en la Guerra de los Siete Años (1756-63). Austria y Francia se alían para formar un frente antiprusiano, y provocan que Federico II pacte con los británicos. Es la inversión de las alianzas tradicionales, pero la cadena de alianzas paneuropea funciona mecánicamente. Al constatarse el poder y la eclosión de Prusia como gran potencia, Gran Bretaña (que quiere evitar cualquier predominio en el continente) le retira su apoyo.

Eso iguala a los luchadores en una guerra de desgaste que lo acaba dejando todo bastante igual. Eso sí, aumenta la influencia de Rusia y el descontento interno en Francia (que pierde las colonias de Canadá y la India ante los británicos hacia 1754) y las críticas al antiguo régimen se hacen públicas y notorias. También todo el mundo percibe que Gran Bretaña añade el predominio colonial al marítimo tradicional.

En el continente, sin embargo, el mundo germánico manifiesta un fuerte impulso, y supera finalmente las terribles consecuencias de la larga serie de guerras que lo habían asolado en el último siglo. Su futuro vendrá marcado por la rivalidad entre Austria y Prusia. Asombrosamente, a pesar de que la

primera parecía partir con ventaja, acabará ganando Prusia. Será un proceso muy largo, pero en este período, Federico II pondrá las primeras piedras pasando a ser el modelo de “despota ilustrado” y ayudará a recuperar la confianza del mundo alemán. También hay que tener en cuenta que Austria se verá muy afectada por sus conflictos con sus territorios no alemanes.

La nueva gran potencia, Rusia, prácticamente culminará en 1790 su expansión territorial por Siberia, Ucrania y los antiguos territorios turcos. Ya en 1764 había impuesto su candidato al trono de Polonia, que se convierte en un protectorado ruso encubierto. Conquista a partir de 1768 Moldavia y Valaquia (Rumanía y alrededores) a los turcos, lo cual despierta las sospechas austriacas: primera partición de Polonia (1772, seguida de las de 1793 y 1795). Rusia se asoma hacia el mar Negro, se anexiona el Azov, Crimea y la franja costera, e incluso se convierte en la potencia protectora de los países ortodoxos balcánicos.

Por lo que respecta a la corona española, continúa perdiendo fuerza a pesar de las importantes reformas administrativas de Carlos III y sus ministros Esquilache, Floridablanca, Campomanes y Aranda. En 1762 se levanta el monopolio de Cádiz para comerciar con América, pero la modernización estatal queda bloqueada en 1766 por el llamado “motín de Esquilache” inducido por la nobleza y el clero “en contra de la opresión de los reformadores”. En Portugal, el ministro Pombal impone el “despotismo ilustrado” y logra controlar relativamente a nobles e iglesia.

En resumen, con las expansiones extraeuropeas de rusos y británicos, pero sobre todo con las guerras en las colonias y la independencia de las trece norteamericanas, queda claro que Europa ha dejado de ser el único escenario mundial. Precisamente en la época en que se producen los últimos grandes

descubrimientos geográficos marítimos, pasan a primer lugar los conflictos entre las compañías comerciales. Desplazando a españoles, portugueses y holandeses, franceses y británicos rivalizan en América y en todas partes.

Como hemos visto, resulta, a partir de 1754, la que podemos calificar seguramente de primera guerra mundial, ya que se produce al mismo tiempo en Europa y en las colonias, que acabará favoreciendo a Gran Bretaña y deshará el primer imperio comercial francés: pérdida de Quebec y Montreal, las Antillas francesas, Senegambia, los enclaves indios y –temporalmente Louisiana– con la cual debe compensar a su aliada España, que ha perdido Florida.

Ha triunfado la inteligente política británica de ceder el continente, pero manteniendo un equilibrio, a cambio de dominar totalmente los mares, la expansión colonial y el comercio internacional. Este período sería uno de los más dulces de Gran Bretaña si no fuera porque acaba con un serio aviso para el futuro que, en el fondo, también lo era para toda la Europa colonizadora: la emancipación de los futuros Estados Unidos (1774), que representará la aparición de la primera nueva gran potencia extraeuropea moderna.

La segunda generación ilustrada

A inicios de la segunda mitad del XVIII, la Ilustración parece obtener grandes éxitos. En la corte francesa hay un relativo “libertinaje” mientras Madame de Pompadour es la favorita (entre 1745 y 1764) de Luis XV. Hay que recordar que la Pompadour ayudará a ilustrados y a la Enciclopedia, y atacará a los jesuitas. También es saludado como un éxito explosivo el gran acontecimiento cultural de este período: la Enciclopedia francesa. Publicada entre 1751 y 1772, logra vencer las prohibiciones y vender veinticinco mil ejemplares

hasta 1782, cosa que representa unos 900.000 volúmenes. Sus directores son los filósofos d’Alembert –también matemático–, que redacta su *Discurso preliminar*, y Diderot, que será su alma y el que concibe que se dedique especial atención a “las ciencias, las artes y los oficios”.

Tienen un gran impacto los dos innovadores volúmenes de grabados sobre herramientas, utensilios, métodos agrarios, artesanos y protoindustriales, con su grafismo pueden llegar a las clases poco letradas. También se considera a menudo un gran éxito de las ideas ilustradas la supresión papal de la Compañía de Jesús en 1773, que antes ya había sido expulsada de Portugal, Francia y España, pero hoy está claro que más bien se produce por que se la veía “como un Estado dentro del Estado”.

El estallido de la Ilustración escocesa

La Ilustración británica continúa con el agudo y ácido Laurence Sterne (1713-1768) y su *Tristram Shandy* (1760-1767) y un muy importante estallido en Escocia, seguramente debido al calvinismo y al especial cuidado de la alfabetización popular por parte de las parroquias. Thomas Reid (1710-1796) es el creador, en 1758, de la escuela escocesa del sentido común.

Hume se consagra con su *Historia de Inglaterra*, publicada entre 1754 y 1761 y que muestra una tendencia anticlerical. En 1757 publica *Cuatro disertaciones*, que incluye *La historia natural de la religión*. A partir de 1761 es secretario del embajador británico en París, de donde regresa en 1766 con Rousseau de invitado, pero surge un conflicto entre ellos. El amigo y editor de las obras póstumas de Hume, también escocés, Adam Smith (1723-1790), publica en 1759 una influyente *Teoría de los sentimientos morales*, mientras que el sustituto de Hume en la

Biblioteca de Edimburgo, Adam Ferguson (1723-1816) edita en 1767 *Ensayo sobre la historia de la sociedad civil*.

Ciertamente el número de grandes ilustrados británicos parece reducirse con respecto al período anterior sin embargo, con el antecedente de Hume, aparecen escritores bastante autocríticos con los nuevos tiempo como el irlandés Oliver Goldsmith (1728-1774), el cual, con gran dramatismo, presenta un héroe injustamente desdichado en *El vicario de Wakefield* (1766) y critica el desposeimiento de los campesinos por los cierres agrarios en *Deserted Village* (traducible por *La villa abandonada*, 1770).

Los ‘hijos’ de Voltaire

En Francia continúa la larga y exitosa producción de Voltaire, que se ha convertido en una referencia europea y popular. Consagra un nuevo tipo de intelectual: un libre pensador –no necesariamente muy profundo– que no trabaja escondido sino públicamente, con todo tipo de obras “de incidencia social”: panfletos, cuentos, poemas sarcásticos, artículos críticos, diccionarios “personalizados”, y que, consciente de haber alcanzado un gran eco, se compromete con la tarea de crear conciencia crítica y liderar el nuevo fenómeno de “la opinión pública”.

Desde esta perspectiva se debe valorar a Voltaire tanto por el *Tratado de tolerancia* (1763) o el *Diccionario filosófico* (1764) como por haber logrado la rehabilitación póstuma del comerciante protestante Calas, descuartizado vivo injustamente, y haber defendido públicamente el Caballero de la Barre, quemado por no haberse arrodillado al paso de una procesión. Ciertamente, Voltaire se niega a criticar la propiedad y a afirmar que todos los hombres sean iguales, como hace Rousseau, pero se muestra más crítico con la religión (su consigna al respeto es

écraser l'Infâme). También se mostraba muy crítico y polémico en famosas sátiras como las dedicadas al terrible terremoto de Lisboa de 1755 y a Leibniz (*Cándido o el optimismo*, 1759).

Seguramente si en un género Voltaire centra sus obras más ambiciosas es en la historia (escribió la entrada “Historia” para la Enciclopedia). *El siglo de Luis XIV* (1751), pese al chauvinismo del título, adopta una perspectiva de historia universal, estudiando “el espíritu de los hombres en el siglo más ilustrado que ha habido nunca” ya que se trata de “conocer la historia de los hombres en lugar de conocer una pequeña parte de la historia de los reyes y de las cortes”. También hay que destacar *El Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones* (1756-1769), ambicioso proyecto que va rehaciendo toda la vida y que incluye –como introducción de la edición de 1769– *La filosofía de la historia*, con un análisis comparado que relativiza el Antiguo Testamento y la importancia histórica del pueblo judío. *El Ensayo* investiga “el espíritu, las costumbres, los usos de las naciones principales” y rechaza el materialismo o determinismo climático de Montesquieu, ya que “el imperio de la costumbre es más vasto que el de la naturaleza”.

Entre 1762 y 1764, en Versalles se construye el nuevo palacio llamado Pequeño Triannon, coincidiendo con el comienzo de una mínima incidencia en la corte por parte de la Ilustración francesa. Ésta parece lograr ahora una influencia que, de hecho, los británicos ya habían obtenido medio siglo antes. Sin embargo, eso sí, ahora los ilustrados franceses parecen superar –por lo menos en número– a los británicos.

Es el momento del triunfo del fisiócrata partidario de *laissez faire* y médico real Quesnay (1694-1774); del naturalista que rechaza la inmutabilidad de las especies y la descripción bíblica de la creación Buffon (1707-1788); del materialista y antiespiritualista La Mettrie (1709-1751); del influyente empirista radical Condillac (1715-1780), que afirma que sólo

concediendo un sentido como el del olfato a una estatua esta acabaría generando todo el resto de facultades humanas; del agudo autor de *Sobre el espíritu* Helvetius (1715-1771); del matemático y filósofo D'Alembert (1717-1783). También en este período inician su trayectoria pública famosos ilustrados moderadamente reformadores como Turgot, Mirabeau o Necker, que llegarán a ser ministros reales y cuyo fracaso conducirá sin remedio a la revolución.

La autocrítica de Diderot y Rousseau

Las nuevas generaciones que eclosionan con la segunda mitad del XVIII ahondan y al mismo tiempo reinventan la Ilustración. Llevan a cabo una profunda autocrítica al mismo tiempo que introducen nuevos elementos y espíritu (ya un poco romántico). Esto se notará especialmente en la producción más creativa y personal de Diderot (1713-84), que permaneció sin publicar en vida: algunos "Salones" (el significativo nombre que dio a su crítica de arte, que crea el género), *La religiosa* (1760), *El sobrino de Rameau* (1761), *Suplemento al viaje de Bougainville* (1772), *Jacques el fatalista* (1773), *Entrevista de D'Alembert y de Diderot*, *El sueño de D'Alembert*, *Paradoja del comediante* o *¿Es bueno, es malo?* Sin embargo, a parte de su obra inédita y como editor, ya las obras efectivamente publicadas hacen de Diderot uno de los filósofos clave de este momento.

En los *Pensamientos filosóficos* (1746, publicados como anónimos), Diderot llega a planteamientos materialistas panteístas, considerando que "lo que no se ha examinado sin prevención, nunca ha sido bien examinado. El escepticismo es el primer paso hacia la verdad". A causa de la publicación de la novela erótica (1748) *Les Bijoux indiscrets* y (1749) la *Carta sobre los ciegos para uso de los que ven*, fue encarcelado. Desde 1759 hasta

al 1781 hace la crítica de arte en la *Correspondence littéraire* especialmente sobre los salones de arte de París (desde 1667). Relaciona el arte con la sociedad y habla en diálogos directos e íntimos. Colabora en la *Historia filosófica y política del establecimiento y comercio de los europeos en las dos Indias* (1770) del abad Raynal, en el que se denuncia el despotismo y el colonialismo (prohibida por el parlamento de París en 1781). Afirma que después de los éxitos de la erudición, la poesía, la metafísica, la geometría, la física, las ciencias naturales y la química es el momento de desarrollar "las cuestiones de gobierno, de legislación, de moral, de política y de comercio" ya que, en las nuevas "sociedades mercantiles, el descubrimiento de una isla, la importación de una nueva mercancía, la invención de una máquina, el establecimiento de una factoría, la invasión de una rama de comercio, la construcción de un puerto pasarán a ser las transacciones más importantes y los anales de los pueblos deberán escribirlos comerciantes filósofos". Entre 1772 y 1774 vivió en San Petersburgo, en relación con Catarina la Grande.

Es conocido que Rousseau (1712-1778) concibió el *Discurso sobre las ciencias y las artes*, ganador del concurso de la Academia de Dijon en 1750, mientras iba a visitar a Diderot en prisión. Este escrito, que lo hizo famoso, ya manifestaba un estilo y una mentalidad que examinaba la Ilustración de una manera más crítica, profunda y ambivalente. Con la evolución de Rousseau nos encontramos con uno de los más claros signos del cambio de mentalidad que se produce al final de este tercer período en el que hemos dividido la Ilustración.

Rousseau, a pesar de manifestar ciertamente una actitud personal permanente, percibe muchas de las contradicciones ilustradas, lo cual le llevará a anticipar el Romanticismo. Rousseau muestra dos claras épocas: una (entre 1750 y 1764) cae más del lado ilustrado, y una segunda (a partir de 1764 hasta

1789) ya es protoromántica. En la primera, además del primer discurso, publica con gran éxito el *Discurso sobre el origen y fundamento de la desigualdad entre los hombres* (1754), la *Nueva Eloísa* (1761, en la que hay la queja ya prerromántica de Saint-Preux: “¡Oh, sentimiento!, ¡sentimiento! ¡Dulce vida del alma!”), el *Contrato social* y el *Emilio* (los dos de 1762).

En este momento en el que Rousseau ha alcanzado un enorme prestigio e influencia, es condenado por el Parlamento de París, sus libros son quemados públicamente y debe huir. En 1765 también es expulsado del territorio prusiano-suizo, después de que su casa es apedreada, y debe volver a Francia. Todos estos dramáticos incidentes acentúan la muy fuerte sensibilidad y tendencia a la frustración social de Rousseau. Así, a pesar de que muchos indicios ya existían antes, pasó a oponerse más radicalmente a la sociedad y a cerrarse en sí mismo. Solitario, examina su yo con crudeza y patetismo, al mismo tiempo que acentúa la crítica a la sociedad y la cultura.

A partir de las *Letras de la montaña* de 1764 manifiesta un estilo y un espíritu mucho más romántico, que en la época no se hará lo suficientemente evidente porque las obras permanecerán en gran medida póstumas: las *Confesiones* (escritas en 1767, pero publicadas en 1781), *Diálogos* (para justificarse delante del opinión pública 1772-1775), *Sueños de un paseante solitario* (1778, inacabadas).

Las otras Ilustraciones

En la segunda parte del siglo XVIII, el mundo alemán comienza a incorporarse a la Ilustración pero con notables especificidades. Se mantiene una clara alianza entre filosofía y religión (a diferencia del antagonismo francés y en general).

La influencia del pensamiento científico es menor ya que Alemania se muestra poco desarrollada en ciencia.

Los ilustrados son mayoritariamente profesores, pastores y funcionarios, y se explica el control de los gobiernos a través de las universidades, la iglesia y la burocracia. Muy vinculado a todo eso, el tipo de filosofía dominante conserva un carácter escolar, elaborado y erudito, además de antiintuitivo, especulativo e, incluso, místico.

Más adelante, al tomar conciencia de la imposibilidad de ver convertidos en realidad sus anhelos de emancipación política y ante la secularización creciente, muchos pensadores (que a menudo son hijos de pastores luteranos) reaccionarán buscando el absoluto en unas filosofías y literaturas metafísicas, especulativas e idealistas que dan gran importancia al yo y están más vinculadas al espíritu romántico (otro de los motivos de la especificidad alemana).

En coherencia con la mentalidad ilustrada y potenciando la perspectiva neoclásica, Winckelmann (1717-1768, que había participado en las excavaciones de Pompeya) da la visión más apolínea de la Grecia clásica en *Historia del arte entre los antiguos* (1764). Pero apenas dos años después, Lessing (1729-1781) comienza a matizarla (más ¿protorománticamente?) en el *Laocoonte*. No obstante, Lessing es el ilustrado alemán más influyente, y publica en 1753 *El cristianismo de la razón* y, entre 1767 y 1769, la *Dramaturgia de Hamburgo*.

El joven profesor Kant (1724-1804), influido por el newtonianismo pero aún inscrito en el racionalismo wolfiano, desarrolla la hoy denominada tesis de Kant-Laplace sobre el origen de galaxias, estrellas y planetas en *Historia general de la naturaleza y teoría del cielo* (1755).

Por otro lado, el ya consagrado Linneu retorna a Suecia con todos los honores y preside la Academia de Estocolmo,

y en 1760 se funda la Real Sociedad Científica noruega en Drontheim.

En América del Norte, se funda la Universidad de Columbia (1754), y Benjamin Franklin es nombrado embajador en Europa de las nuevas repúblicas independientes y publica *Piezas políticas, misceláneas y filosóficas* (1770).

En Italia, Cesare Beccaria (1738-98) se convierte en el prototipo ilustrado de crítico y reformador del sistema penal al publicar (1764) su influyente *De los delitos y de las penas*.

En Rusia se crea la Universidad de Moscú y se construye el Palacio de Invierno en San Peterburg (1754-62), pero también los terratenientes adquieren el derecho a enviar a Siberia a los campesinos rebeldes (1759).

El neoclasicismo

En plástica el sobrio –y más burgués– neoclasicismo comienza a desplazar al cortesano rococó. De la misma forma que es clara la concomitancia entre rococó y los cortes absolutistas, también hay cierta semejanza entre los ideales del neoclasicismo y de la Ilustración ya que ésta coincide con el neoclasicismo al ser (como dice Honour) “un movimiento regeneracionista, un intento de purificar el arte (o todo en general) y de crear un estilo de interés universal y validez eterna, y lleva muy arraigada la huella de su origen antirococó. De los que se esforzaban para llevar a la práctica su ideal de perfección, austero y de lógica concepción, se decía que estaban en la *bonne route*.” A pesar de iniciarse a mediados de siglo XVIII, el neoclasicismo sólo culminará a partir de 1790 y pasará a ser el arte oficial de la Revolución francesa (quizá por esos valores identificables como austeramente “republicanos” e “ilustrados”). Por otro lado, en música Gluck crea un nuevo estilo de ópera con *Orfeo y Eurídice* (1761).

En España, el padre Isla publica *Fray Gerundio de Campaños*, aparece en Madrid el *Diario noticioso, curioso, erudito y comercial* (1758), se crea la fábrica de cerámicas del Retiro (1759) y

Tiepolo pinta el Palacio Real de Madrid (1762). También se crean la Real Compañía de Comercio de Barcelona (1756), el Colegio de Cirugía de Barcelona y la Junta de Comercio de Barcelona (los dos últimos en 1760).

EL INICIO DE LAS REVOLUCIONES (1774-1789)

A partir de 1774, la Ilustración parece consolidada y, en cierta medida, triunfando al considerarse que ya ha ganado algunas batallas célebres (por ejemplo, la Enciclopedia), el reconocimiento popular e, incluso, el cortesano. Parece haber entrado en la alta cultura “oficial”, ya que ha sido reconocida (a pesar de ser poco seguida) por algunos déspotas, en las cortes y en los salones ciudadanos. Incluso parece haber llegado al poder con ministros como Turgot (controlador general de finanzas de Luis XVI entre 1774 y 1776) o Necker.

Pero la Revolución francesa pondrá de manifiesto la limitación del ideal ilustrado de reformar pacíficamente la sociedad desde arriba, a base de convencer intelectualmente a los gobernantes. Las nuevas ideas, así como también las ambiciones políticas de la burguesía, lo tendrán mucho más difícil de lo que pensaban y deberán ganarse el espacio a través de un largo período de violentas revoluciones.

La independencia americana

La Revolución americana (1774-1783) y la digna figura de su embajador Franklin despiertan entre los ilustrados europeos la entusiasta convicción de la potencia emancipadora de las nuevas ideas. Quizá no son tan nuevas ni muy radicales

(por ejemplo, no se incluyen la abolición de la esclavitud, la igualdad social ni el voto popular), pero ya se perciben como venerables e, incluso, “naturales”.

En el *Bill of Rights* de Virginia (1776) se proclama que “Todos los hombres son libres por naturaleza, y poseen derechos innatos, concretamente el derecho a la vida y a la libertad, además de la capacidad para adquirir propiedades y conservarlas, así como querer y lograr la felicidad y la seguridad”.

Se expone una filosofía de los derechos humanos naturales inspirada en Locke: igualdad política, derecho a la vida, a la libertad, a la propiedad y a la búsqueda de la felicidad, respeto por los gobernados, derecho a la insurrección contra la tiranía, además de un largo memorándum con quejas contra la metrópoli. Y es que, si consideramos en conjunto las posiciones de los ilustrados del XVIII, seguramente sus ideas y valores (incluidas las limitaciones) son más próximos a los consagrados por la Revolución americana (que se mantiene bastante moderada) que no a los de la francesa (que pronto se radicaliza).

Seguramente es clave para esta evolución que, aún más que en Gran Bretaña, los grandes ilustrados americanos sean también hombres de acción con importantes cargos políticos y, por eso, coinciden notablemente con los llamados “padres de la Constitución”: Franklin, Madison, Hamilton, Jefferson, Jay. Son, ciertamente, hombres de ideas y de convicciones pero también —mucho más que los franceses y alemanes— propietarios burgueses que en gran medida se han hecho a sí mismos en un mundo que manifiesta una movilidad social impensable en Europa; todos eran inmigrados, hijos o nietos de inmigrantes.

Si parten del choque con un Estado dominador es porque éste tenía aún sus resortes en la lejana metrópoli, pero por lo que respecta al resto son ellos mismos los que lo están

construyendo día a día en el “nuevo mundo”. Por lo tanto se relacionan más positivamente con el Estado y lo ven como el resultado de la suma de sus acciones y decisiones individuales. Marcados por cierto espíritu de “frontera” y de las minorías religiosas que hubieron de abandonar el viejo mundo a la búsqueda de su “espacio de libertad”, mostrarán un instintivo rechazo a todo lo que podía parecer la imposición totalitaria de la “voluntad general” o el Estado por encima del individuo, como en Rousseau o los jacobinos.

Si bien ya la Ilustración europea, con la relativa excepción de la alemana, tiende a sustituir al tratado por los ensayos concretos, los panfletos y los artículos por periódicos, la americana parece prescindir totalmente del tratado para limitarse totalmente a los segundos. La gran ambición metafísica parece ajena a la ilustración americana, en la que tampoco parece que haya grandes pensadores indiferentes a la vida política y práctica.

Por otro lado, el proceso de independencia americana muestra el creciente poder del capitalismo de imprenta que, enlazando con la mentalidad popular, fue capaz de propagar las nuevas ideas y de sorprender a la lejana metrópoli inglesa. Ello dio gran potencialidad a opúsculos como el del británico emigrado a América del Norte y partidario de la independencia Thomas Paine (1737-1809), *Common Sense* (1776). Recomienda la ruptura con Gran Bretaña y la monarquía, y afirma que “más vale para la sociedad un hombre honrado que todos los rufianes coronados que hayan vivido jamás”. Además, se distingue cuidadosamente entre sociedad civil (agrupación legítima y primaria) y gobierno o Estado (que son meras delegaciones).

Ante la falta de las posteriores comunicaciones telegráficas, en la segunda mitad del XVIII el único vínculo con la metrópoli eran unos barcos que necesitaban más de un mes

para cruzar el Atlántico. Ello hizo que la metrópoli fuera poco hábil y no supo captar ni apaciguar el creciente descontento colonial. Posiblemente por eso fue muy ineficaz posteriormente cuando estalló el conflicto armado que, por el mismo motivo, le resultaba muy costoso.

Así se explica que después de que la armada francesa salvase al ejército de Washington en 1781 en Yorktown, los británicos negociasen con Franklin, John Jay y John Adams “en 1782, un tratado de paz asombrosamente generoso”, tal como lo expresa el escritor Gore Vidal.

En un principio, las trece antiguas colonias se vinculan mutuamente de una manera muy débil con los *Artículos de la Confederación*. Pero cuando unos veteranos del ejército se sublevaron y reclaman el reparto de las tierras protegidas de su confiscación por Inglaterra gracias al esfuerzo conjunto de todos, y que por tanto deben ser patrimonio común de todos; propietarios, prohombres y padres de la patria se ponen de acuerdo rápidamente para constituir un nuevo Estado que impida la deriva desde los ideales lockianos hacia otros de más socializadores.

Así en pocos meses de 1787, un reducido comité de redacción entregaba la nueva Constitución “de mínimos” que se aprobó por unanimidad, dejando para más adelante una ampliación que acordase lo que dividía los delegados. De aquí la sorprendente y elogiada brevedad de la Constitución americana.

El ideal del progreso indefinido

A pesar de que algunas complejidades escapan a los ilustrados de la época, el proceso revolucionario americano parece mostrar –a menudo sorprendiendo a los mismos ilustrados– que es posible ir más allá del despotismo ilustrado. Por eso,

los éxitos de este y de posteriores procesos revolucionarios alimentaron cierto mito de la Ilustración que, ya dentro del ideal de progreso indefinido, parece no tener ningún límite. Pero de la misma forma que comienzan a penetrar nuevos elementos protorrománticos, la misma Ilustración tampoco deja de evolucionar.

Entre moralistas y protorrománticos

En Francia, Mably (1709-1785), el abad republicano que renunció al Ministerio de Exteriores invocando la tolerancia, publica en 1789 el libro *Los derechos y deberes de los ciudadanos*. También es el momento de la eclosión del materialista y ateo D’Holbach (1725-89) y del optimista defensor de los avances de la razón Condorcet (1743-94). Por otro lado, en 1781 se publica la novela *Las relaciones peligrosas* de Laclos (1741-1803).

En Gran Bretaña el moralista Adam Smith (1723-1790) inaugura una nueva ciencia –la economía política– al publicar la “biblia” del liberalismo posterior: *Investigaciones sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones* (1776). El historiador más famoso de este período es el británico Edward Gibbon (1737-94) con los seis ambiciosos volúmenes de *Decadencia y caída del Imperio romano*, publicados entre 1766 y 1788, que presentan los procesos de decadencia –como el romano– como pequeñas paradas dentro del progreso general. A la escuela escocesa del sentido común, Dugald Stewart (1753-1828) sucede Reid.

A pesar de que, como vemos, la Ilustración británica continúa con buena salud, hay que apuntar que ya aparece un nuevo espíritu protorromántico con las novelas sentimentales de Samuel Richardson (1689-1761), la novela gótica de Horace Walpole (1717-97), las meditaciones macabras de Young (1742-1745), los *Poemas de Ossian* y la producción del escritor y

parlamentario británico Edmund Burke (1729-97), que pasará a ser el primer gran autor antiilustrado y antirrevolucionario.

En 1756 había escrito en contra de la idea de un Estado natural puro e individualista *Una vindicación de la sociedad natural*. Burke critica en la *Investigación filosófica sobre el origen de las ideas de sublime y de belleza* (1756) el racionalismo y clasicismo de la estética ilustrada, reivindicando el aspecto no racional de la percepción estética (especialmente en lo sublime, pero también en lo bello).

Algunos 'iluminados'

A menudo se exagera la uniformidad de la Ilustración y, aún más, del XVIII bajo el mito de “siglo de la razón” ya que proliferaron los “iluminados” quizá tanto como los “ilustrados”. Hay que apuntar los famosos casos del místico sueco Swedenborg (1688-1772), creador de la Nueva Jerusalén y que llamó la atención del mismo Kant; el alquimista y médico Cagliostro (1743-1795?), fundador de la “masonería egipcia”; el médico que curaba con fluidos magnéticos, Mesmer (1734-1815), y también Gassner o Schuppach. Hay que avisar contra de la tentación de relacionarlos directamente con el surgir del romanticismo, ya que quizá son más bien la otra cara del racionalismo ilustrado. Hay que tener en cuenta que muchos triunfaron sobre todo en “el ilustrado” París.

Kant, Herder, Goethe y Schiller

A pesar del antecedente prorromántico de Rousseau, es especialmente en Gran Bretaña y en Alemania donde comienza a proliferar el espíritu prerromántico ya en el período anterior a la Revolución francesa.

Aquí destacará pronto Herder (1744-1803), que influirá mucho en el joven Goethe (1749-1832). Herder pasará a ser pronto famoso por sus estudios literarios, con el escrito *Sobre el origen del lenguaje* (1772) y sus ambiciosas y antiilustradas obras *Aún otra filosofía de la historia de la humanidad* (1774, contra

Voltaire) e *Ideas para una filosofía de la historia de la humanidad* (1784-1791, ya claramente contra Kant). Coincidiendo con su amistad juvenil con Herder, Goethe vivió su momento más romántico con *Los sufrimientos del joven Werther* (1774) y las primeras redacciones (1775, pero no publicadas) del *Fausto*, el ambicioso proyecto que elaborará durante toda su vida.

Schiller (1759-1805) estrenó con gran éxito *Los bandidos* en 1781 cuando todavía no había entrado en contacto con Goethe. Éste comienza a evolucionar clasicistamente al ganarse la confianza del duque de Weimar, que lo hará consejero plenipotenciario, y coincidiendo con el viaje a Italia de 1786.

Quizá porque ya ha aparecido el *Sturm und Drang* (expresión que quiere decir “tempestad e impulso” y que como el actual “Rock and roll” privilegia la fuerza de la expresión al significado) prerromántico y antiilustrado, es en el mundo germánico donde se inicia la autoreflexión de la Ilustración como actitud, movimiento y período histórico. Lo propició también la convocatoria, en 1783 y en Berlín, de un importante concurso en el que participará el ilustrado judío Mendelssohn (1729-1786). Sin ganar, brillará Kant al acuñar la consigna ilustrada *sapere aude!* que se puede glosar así: “¡sé capaz de usar tu razón sin la guía de otro!”.

La Ilustración germánica tiene ahora una gran fuerza. Comienza a producir el pedagogo Pestalozzi (1746-1827) y Lessing publica obras ilustradas tan importantes como el drama *Nathan el sabio* (1778, en la que, a partir de la parábola de los tres anillos —que simbolizan el cristianismo, el islamismo y el judaísmo—, reclama la tolerancia religiosa y aboga en favor de la religión natural); los *Diálogos sobre la francmasonería* (1778-1780) y el póstumo *La educación del género humano* (1780). Justo a la muerte de Lessing, el pietista radical Jacobi provoca un escándalo de grandes consecuencias filosóficas al denunciarlo como espinocista.

Ahora bien, sin duda el ilustrado alemán más importante es Kant que, en este período, ha dejado de ser un mero seguidor de Newton y Wolff para ser un filósofo hondamente creador. En 1781 ha publicado la *Crítica de la razón pura* que, como que es incomprendida, divulga publicando los *Prolegómenos a toda metafísica futura que quiera presentarse como ciencia*.

En polémica con su joven discípulo Herder, en 1784 Kant desarrollará su filosofía de la historia “en sentido cosmopolita”, y mostrará las dificultades pero también la imperiosidad de las esperanzas humanas de un progreso en la ilustración racional, aunque la plenitud (que incluye la paz perpetua internacional) nunca pueda ser totalmente alcanzada. Kant planteará una de las éticas más influyentes de todos los tiempos en la *Fundamentación de la metafísica de las costumbres* (1785) y en la *Crítica de la razón práctica* (1788). Y en 1790 aún se replantea su sistema crítico, mientras concibe la *Crítica de la facultad de juzgar*.

El resto de países

En el resto de países europeos, la Ilustración se expande pero también manifiesta nuevos rasgos protorománticos. Así en la Península Ibérica a partir de 1770 interaccionan la poética neoclásica (Cadalso) y la filosofía ilustrada con Meléndez Valdés y Jovellanos, que redacta en 1795 un importante *Informe al expediente de ley agraria* y que ya había publicado *El delincuente honrado*. Sin embargo, significativamente, el Cadalso de *Los eruditos a la violeta* (1772) deja póstumamente (1789) las *Cartas marruecas* (inspiradas en Montesquieu, miembro de la primera generación ilustrada) y las *Noches lúgubres* (inspiradas en Young, de la primera generación romántica).

También en la Península Itálica coinciden Beccaria y el grabador Piranesi (1720-1778) con sus alucinantes y colosa-

les *Prisiones* (1745-1760), y con sus grabados de gran formato sobre ruinas clásicas: *Vistas de la Roma antigua* (1756) o *Vistas de Paestum* (1778).

Camino del romanticismo

En las artes plásticas sólo podemos apuntar improvisadamente que, en el período entre las revoluciones americana y francesa, el neoclasicismo logra sustituir al rococó en las cortes afrancesadas, pero no se acaba de imponer en el resto de países europeos. Así, en Gran Bretaña –que no había tenido un gran rococó– tampoco se impone el neoclasicismo y, en cambio, se desarrolla una tradición más romántica que enlaza con el gótico. Goya (1746-1828) trabaja como cartonista para la Real Fábrica de Tapices de Madrid (1772-1792). En el mundo germánico más popular –fuera de las cortes de modelo versallesco– se impone un estilo más historicista y romántico, ya sea en versión cristianogótica o en una versión –normalmente más pagana– que resalta el misterio del dórico. En música, hay que acordar que éste es el momento culminante de la creación de W. A. Mozart (1756-1791, *Don Juan*, *La flauta mágica*, en la que introduce símbolos masónicos) y, aunque continuará produciendo, de Joseph Haydn (1732-1809, *Orfeo y Euridice*).

La revolución desapercibida

Entre las revoluciones americana y francesa, de una manera menos espectacular y difusa pero quizá con consecuencias de más gran alcance, hay que situar los primeros momentos de otra “revolución”: la industrial. Quizá porque sólo tendrá un alcance considerable en el quinto y último período en el que hemos dividido la Ilustración, la revolución industrial no se le suele relacionar mucho (asombrosamente, tampoco en exceso con el Romanticismo a pesar de que se encabalgan durante todo un siglo). Seguramente la causa se encuentra en la tradición de separar los aspectos más tecnológicos, materiales

y productivos de las ideas y los movimientos culturales. Hay que compensar esta tendencia tan errónea.

Por qué surgió la revolución industrial

En el aspecto industrial y fabril la innovación también se inicia en Gran Bretaña, por la afortunada conjunción de una sociedad que:

- ha asumido muy bien los valores burgueses y capitalistas (la nobleza y la alta burguesía han emparentado y han unido sus intereses muy pronto);
- ha llevado a cabo una importante reforma productiva del campo y la agricultura (a pesar de los costes sociales del “cierre de tierras”);
- tiene una importante acumulación de capital por su comercio marítimo y por las colonias;
- ha incorporado y asumido los grandes mecanismos financieros (lonjas de contratación, letras de cambio, empresas por acciones, Banco de Inglaterra);
- goza de una estructura política eficiente y que pacifica la sociedad (monarquía constitucional con gobierno parlamentario representativo y garantías jurídicas tanto para las personas como para las propiedades);
- dispone en abundancia de agua (con saltos hidráulicos) y de carbón (para las nuevas máquinas de vapor);
- tiene una población altamente alfabetizada y una clase alta implicada en la producción y la innovación.

En conjunto estos rasgos marcan la diferencia respecto de la Europa continental y especialmente de Francia que, como mínimo, manifestarán un retraso de medio siglo en la industrialización, a pesar de que se acabarán añadiendo a ella con

fuerza. Avisamos que seguramente la conjunción de los rasgos mencionados es más importante que ningún invento concreto, ya que por ejemplo el desarrollo de la tecnología del vapor se hace antes de que se descubra la teoría (la termodinámica fue fundada por Sadi Carnot en la Escuela Politécnica de París el 1820).

Entre las innovaciones tecnológicas, destacamos la máquina de vapor de James Watt (con condensador en 1769 y con regulador centrífugo automático en 1787), la mecanización del hilado de lana y algodón (en 1764 una rueda manual con ocho husos, en 1769 hiladoras movidas hidráulicamente y en 1779 Crompton, con la “*mule-jenny*”, une y potencia las dos aportaciones) y las primeras máquinas de tejer (en 1785 de Cartwright y el 1805 de seda de Jacquard).

La primera fábrica mecanizada de vapor (una hiladora) se construye en 1785 en Nottingham. No hay que olvidar que, a partir de 1750, en Inglaterra se sustituye al carbón vegetal por el mineral en la forja del hierro, la cual es oxigenada mecánicamente (en 1776 en Inglaterra y en 1786 en Francia). También en 1776 se construye el primer puente de hierro, y, más adelante, en 1784 se descubre la pudelación que elimina el carbón y hace más resistente el hierro (inicio del acero).

REVOLUCIÓN FRANCESA: ENTUSIASMO Y TERROR (1789-1806)

La Revolución francesa transforma profundamente la Ilustración ya que, si bien por una parte se realizan —o más bien se esgrimen— muchas ideas ilustradas, por otro lado se muestran sus límites y, al radicalizarse, se acelera el proceso superador. La ambivalencia de la revolución, tal como se produjo, se hace presente bastante pronto para casi todo el mundo. Por eso, incluso entre los ilustrados, el proceso revolucionario provoca dosis muy similares de entusiasmo y de terror.

Muchas ideas, concepciones, esperanzas, apuestas, ingenuidades de la Ilustración de hasta entonces, se ven superadas y frustradas por los acontecimientos. El ideal inicial de una metamorfosis social y política tan completa como pacífica es sustituido por la percepción de la necesidad de un mínimo de violencia. Después aparecerá el profundo cansancio de tanta violencia a menudo irracional y gratuita. Pronto la revolución comienza a devorar a sus hijos: primero son apartados realistas moderados como Mirabeau, Necker, La Fayette; después republicanos sinceros pero liberales como Condorcet (que, perseguido, se suicida), Paine (que vuelve a América) y Sieyès (que debe callar y sobrevive como puede). Más adelante, radicales “embarazosos” como los descristianizadores hebertistas, Olympe de Gouges y *sansculottes* más anarquizantes

(son guillotinado durante el Terror). Finalmente los mismos Robespierre, Danton o Saint Just son guillotinado. También podemos incluir los numerosos republicanos o liberales sinceros –más o menos moderados– que, si bien pueden salvar la vida, deben experimentar en cambio la toma del poder por Napoleón y la creación de su régimen policial.

El estadio inicial de fascinación e infinita esperanza que viven muchos revolucionarios, viene seguido de otro de angustia ante la sospecha de que la emancipación podía disfrazarse de un nuevo tipo de totalitarismo opresor. Pocos ilustrados y, aún menos, revolucionarios dudan de que la humanidad requería –casi como fuera– un cambio histórico, así como también que la culpa de tanta violencia no provenía solo de ellos sino de los que no admitían el más mínimo cambio; pero también pocos al final están completamente seguros de que aquella fuera la mejor manera de llevar a cabo la necesaria mejora.

Las diferencias con la Ilustración

Hay que superar el tópico que identifica totalmente Ilustración con Revolución francesa. En primer lugar, es útil recordar que al iniciarse en 1789, ya ha muerto prácticamente la totalidad de las primeras generaciones de ilustrados (Rousseau murió por ejemplo en 1778). Por otro lado, estas generaciones eran en general bastante moderadas en las propuestas de reforma, seguramente porque eran conscientes de las pocas transformaciones profundas que ya habían alcanzado. Eran conscientes que trabajaban para un futuro a largo plazo y por eso, seguramente, la radicalización de después de 1789 habría sorprendido a la mayoría.

Recordemos que Diderot (quizá uno de los más radicales) definía lúcidamente y con ambivalencia la condición del filósofo ilustrado, afirmando: “Si el filósofo habla en vano para el momento presente, escribe y piensa útilmente para el porvenir”. “Entiendo las cosas bien, las juzgo bien, y el tiempo siempre acaba dando la razón. No os riais: soy yo quien anticipa el futuro y quien sabe su pensamiento”. Pero “saber como deberían ser las cosas es propio de un

hombre sensato; como son, de un hombre experimentado; como cambiarlas para mejorarlas, de un hombre de genio”.

La inesperada radicalización

Las profundas e imprevistas convulsiones revolucionarias provocaron un acelerado cambio social y en las actitudes que iba más allá de los parámetros ilustrados tradicionales. Pusieron de manifiesto, por ejemplo, la dramática imposibilidad tanto del despotismo ilustrado como de un proceso de educación fácil y gradual de la humanidad hasta al momento que pudiese emanciparse pacíficamente. Pero es incuestionable también que, ante las conflictivas nuevas circunstancias, los revolucionarios tuvieron en las ideas de los ilustrados la más potente perspectiva de interpretación y de guía.

Seguramente, excepto antiguos planteamientos griegos o romanos, sólo las ideas ilustradas podían ser el marco de reflexión de los revolucionarios inmersos en el remolino del proceso. Si se había pensado la posibilidad de un magno y radical proceso de emancipación política –a pesar de las ingenuidades–, lo habían hecho los ilustrados y los revolucionarios británicos del XVII que lo habían anticipado.

Por otro lado, hay que tener en cuenta que en 1789, en gran medida, la Ilustración ya era un mito. A pesar de que seguramente ya había producido sus grandes obras y que comenzaba a encontrar sus límites, la confianza en la Ilustración era no obstante más grande que nunca. Eran muchos los que estaban convencidos (y acontecimientos como la revolución americana o el progreso científico y cultural parecían demostrarlo) que las ideas ilustradas estaban llamadas a cambiar radicalmente la sociedad y la realidad entera. Resultan reveladoras las célebres palabras pronunciadas por Robespierre en 1794:

“Todo ha cambiado en el orden físico y todo debe cambiar en el orden moral y político”.

Pero así como la violenta Revolución es un fenómeno típicamente francés, la Ilustración no lo es. La Ilustración es un fenómeno global europeo que incluye, incluso, algunas élites de las colonias europeas, en especial americanas. En cambio, no se debe confundir la Revolución francesa con la americana o la inglesa “gloriosa”. Más que aquella, en muchos sentidos son éstas las que se mantienen en la línea de los valores ilustrados, a menudo limitados a la solicitud de tolerancia, de libertad de pensamiento y de opinión; de respeto por la propiedad, por las leyes promulgadas y por la igualdad formal –no total– de los individuos.

Por el visceral conflicto entre un antiguo régimen que no acepta el más mínimo cambio y unos revolucionarios radicalizados por la misma dinámica del proceso, éstos pronto tuvieron que hacer un rápido aprendizaje de puro ejercicio del poder y de lo que se ha llamado “realpolitik”. Por eso suenan asombrosamente extraños a los ideales ilustrados discursos como los de Danton: “Debéis castigar no sólo a los traidores sino también a los indiferentes; debéis castigar a cualquiera que sea pasivo en la República y no haga nada por ella, porque desde que el pueblo francés ha manifestado su voluntad, aquel que se opone está fuera de la soberanía, y aquel que está fuera de ella es enemigo”.

Por mucho que puedan resonar ideas y expresiones de Rousseau, hay que tener en cuenta la distancia entre su formulación teórica y abstracta, y su plasmación concreta y efectiva; aparte que también Rousseau no es –especialmente en política– el modelo de la mayor parte de los ilustrados.

No es extraño que muchos ilustrados, burgueses e incluso partidarios de la república, tanto británicos o americanos como alemanes o hispánicos, reaccionasen con terror a mu-

chas consignas y realidades del Terror jacobino. Pensamos en el siguiente discurso de Robespierre: “El hombre revolucionario sólo siente odio feroz contra el privilegio del particular a expensas del general, contra todo particularismo a expensas del centralismo de una voluntad única e indivisible”. O este de Desmoulins: “La guillotina es una máquina puesta al servicio del Terror, que (al mismo tiempo) es una máquina de gobierno que permite garantizar, hasta la llegada de la paz y la creación de instituciones, la buena marcha de la máquina de gobierno”, ya que “la relación que la guillotina mantiene con los cuerpos de sus víctimas es imagen de la operación quirúrgica que el gobierno revolucionario hace sufrir al cuerpo de la nación para regenerarlo”.

Las características de la Revolución

Hay que evitar la lectura retrospectiva exagerada que considera que había en el XVIII y en la Ilustración una necesidad de revolución –dice Chartier– “como si la revolución en sí fuera presente en el conjunto del corpus del conjunto de las ideas de la Ilustración”. Además, de esta manera se anula la originalidad y singularidad de la Revolución francesa, que durante bastantes años sorprendió a todo el mundo en su evolución.

Ciertamente, como hemos visto, la Ilustración es uno de los aspectos o condiciones que permiten inteligir la ruptura representada por la Revolución francesa, pero hay otros como la literatura creciente de denuncia del rey y la corte, el nuevo espacio político después de 1750, el cambio de leyes de la sucesión real en 1710 o la construcción de Versalles con todo el que representa.

El mito de una Ilustración que aspiraba y conducía a la revolución, es una construcción tanto de los ideólogos revolucionarios como de los antirrevolucionarios. Los primeros

se quisieron legitimar edificando una tradición que sólo podía desembocar en ellos, mientras que los segundos buscaron culpables de un acontecimiento que no podían admitir, escogiendo unas ideas ilustradas que no les gustaban.

En consecuencia y de acuerdo con la quizá excesiva valoración en aquella época del impacto de las ideas, se exageró la influencia de la Ilustración. Hoy, se tiende a pensar que las ideas ilustradas ayudaron a cambiar la sociedad durante el período revolucionario, pero en gran medida sólo gracias a una muy compleja dinámica social y política que incluye la bancarrota de la hacienda real; malas cosechas y hambres; el fracaso competitivo de Francia en relación con Gran Bretaña; la emergencia de un nuevo poder territorial y administrativo en manos de ricos burgueses y abogados, mientras la nobleza se encerraba en Versalles; las expectativas sociales y políticas brutalmente insatisfechas por un partido de la corte intransigente y que llega a oponerse al mismo rey y a los ministros, y más adelante los éxitos organizativos y militares de los revolucionarios, como la leva nacional o la confiscación y venta de las propiedades de los exiliados.

No es sólo que Ilustración y Revolución francesa son procesos que se alimentan y, en gran medida, que se radicalizan mutuamente, sino que en un segundo momento (por ejemplo con las invasiones napoleónicas) se repelen. Pensamos en la experiencia de los ilustrados “afrancesados” hispánicos o alemanes, cuando las invasiones napoleónicas provocan reacciones populares (evidentemente animadas por los conservadores) en contra suya y de las ideas ilustradas.

Hay que reconocer que, ante los radicales acontecimientos revolucionarios y sus consecuencias por todas partes, todos los actores y pensadores del momento reciben un impacto tan extraordinario que, a pesar de partir de ideas bastante similares y a menudo ilustradas, como es el caso de antirrevolucionarios

como Burke o Madame de Staël, los obliga a radicalizarse en una dirección u otra.

Parece muy claro que muy pocos de los ilustrados reivindicados por los revolucionarios habrían podido animar o simpatizar con los procesos más radicales de la Convención y, sobre todo, del Terror (los cuales en ningún caso no pudieron prever). No olvidemos que en algunos momentos radicalizados de la Revolución francesa aparecen ya conflictos que los estudiosos describen como proletarios, socializadores o anarquizantes.

Así el capellán *enragé* Jacques Roux (1752-1794) escribió que “los productos de la tierra, como los elementos, pertenecen a todos los hombres” y Babeuf (1760-1797) anima a hacer una nueva revolución “que será la última” en el *Manifiesto de los iguales*. También hay que recordar que, en gran medida más allá de la Ilustración tradicional, durante la Revolución aparecieron términos nuevos como democracia popular, soberanía nacional, derechos humanos, una fraternidad que evolucionaba hacia el concepto de solidaridad, o de total igualdad de los ciudadanos.

En definitiva, estamos básicamente de acuerdo con Roger Chartier, que sostiene que de la revolución fue constructora retrospectiva de la Ilustración y de su mito. El tópico del lazo entre Ilustración y Revolución nació, a propósito de la Revolución, de la conveniencia tanto de los revolucionarios para legitimarse como de los antirrevolucionarios para exorcizar unas ideas que les eran incómodas.

La Revolución francesa fue un proceso que sorprendió prácticamente por igual a todos sus artífices. Sólo así se entiende la participación sucesiva de capas sociales y de élites tan diversas y con intereses e ideales tan opuestos; sólo así se entiende el largo proceso de autofagocitación en que, los revolucionarios que hoy condenan a muerte a los antiguos re-

volucionarios “traidores”, son mañana condenados a muerte acusados también de haber traicionado a la revolución. Indiscutiblemente, rompiendo totalmente con la situación anterior, en unos tensos y muy intensos años, la dinámica política y social se impuso y fue muy por delante de la tranquila reflexión teórica o filosófica.

De Marat a Robespierre

Una consecuencia de la radicalización de las ideas y la aceleración de la historia que provoca la revolución es el importante cambio generacional que tiene lugar en Francia. Desaparecidos los grandes ilustrados anteriores, el revolucionario americano Thomas Paine y el radical Marat son de los pocos que enlazan los dos períodos.

Marat (1743-1793) será ahora clave con su influyente diario *L'ami du peuple*, pero ya había publicado —si bien con poco eco— *Un ensayo filosófico sobre el hombre* (1773, en inglés) y *Las cadenas de la esclavitud* (1774). Paine se incorpora a la revolución francesa como panfletista y como representante popular electo.

En 1790, Burke —el iniciador y líder del movimiento antirrevolucionario— publica su influyente *Reflexiones sobre la revolución en Francia*, en que ataca a la Ilustración revolucionaria por considerarla una mezcla de ateísmo y utopismo idealista abstracto. Por contra defiende la lenta evolución más pragmática y compatible con la tradición de los independentistas irlandeses o de la revolución americana.

En contra de las *Reflexiones* de Burke, Paine publica en 1791 la primera parte de *Los derechos del hombre*, mientras que en la segunda parte plantea sus principios políticos; el año siguiente publicará *La edad de la razón* y será fundador con Condorcet del periódico *Le Républicain*. Con el advenimiento del Terror,

Paine volverá a América, pero su compañero y girondino moderado Condorcet acabará suicidándose. Justo antes, Condorcet había redactado el *Esbozo de un cuadro histórico del espíritu humano*, en el que apostaba con optimismo por un futuro tan brillante para la humanidad que contrasta con el que debía prever para él mismo.

Enmanuel Sieyés (1748-1836) es uno de los más influyentes redactores de las primeras constituciones revolucionarias y, después de “sobrevivir” al Terror, uno de los valederos de Napoleón. Sus obras más importantes son de 1789: *¿Qué es el Tercer Estado?* y *Reconocimiento y exposición racional de los derechos del hombre y del ciudadano*.

El jacobino y roussoniano entusiasta Robespierre (1758-1794) dirigió con mano de hierro e incorruptible la revolución durante los momentos más duros del Terror. Fueron los principales instrumentos su verbo acerado y preciso, y el joven Saint Just (1767-1794), su mano ejecutora y autor del *Espíritu de la Revolución y de la constitución en Francia* (1791) y *Fragmentos sobre las instituciones republicanas* (póstumo).

Entre las mujeres revolucionarias hay que recordar Olympe de Gouges (1748-1793), que aparte de dirigir el periódico *L'Impatient*, fundó influyentes sociedades de “mujeres” y escribió muchísimo. Como que, a pesar de participar en los disturbios revolucionarios, las mujeres no pueden ser miembros de pleno derecho de la Asamblea Nacional (ellas sólo podían asistir como a público), Olympe de Gouges escribe su *Declaración de los derechos de la mujer y de la ciudadana*, como complemento reivindicativo a la *Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano* de 1789.

Gouges reclama la igualdad de derechos entre hombre y mujer basándose en que todos son igualmente seres de razón; también recurre a la vieja reivindicación burguesa de reclamar los derechos correlativos a los propios deberes: “La mujer

tiene derecho a subir al cadalso; por lo tanto, debe tener el derecho de subir a la tribuna”. Adversaria de Robespierre, fue acusada de intrigas sediciosas y guillotizada.

El grupo de los ideólogos

Hemos recogido aquí algunos de los revolucionarios que dejaron más obra y reflexión escrita, y por eso prácticamente hemos prescindido de muchos que, como Danton (1759-1794), también tomaron decisiones e hicieron aportaciones jurídicas importantes, pero cuyo esfuerzo se concentra en la política real.

Durante el período revolucionario, pero más centrados en el aspecto teórico y muy vinculados a la Ilustración, debemos destacar el grupo de los ideólogos: Destutt de Tracy (1754-1836, *Elementos de ideología*, 1803-1805), Cabanis (1757-1808), Maine de Biran (1766-1824).

Tampoco podemos dejar de mencionar un escritor tan inclasificable como al mismo tiempo prototipo radical de una literatura libertina y pornográfica de gran circulación durante la Ilustración: el Marqués de Sade (1740-1814). A pesar de ser un residuo especialmente pervertido de la aristocracia del antiguo régimen, De Sade usó su verbo radical para ser aceptado como revolucionario durante un breve período, en el que escribió el panfleto *¡Franceses, un esfuerzo más si queréis ser republicanos!* incluido en *La filosofía en el tocador* (1795). Murió después de un largo internamiento en un hospital prisión donde se internaba tanto a asociales como a locos.

Hay que apuntar también la fundación durante la revolución de alguna de las instituciones modernizadoras más importantes: en 1794 de la Escuela Central de Trabajos Públicos convertida en la Escuela Politécnica en 1795, que

representó la consagración de la figura del ingeniero, en 1799 del Conservatorio Nacional de Artes y Oficios de París y, el 1800, del Banco de Francia (el de Inglaterra era de 1694 y el de Amsterdam de 1609!).

En el mundo británico, ya marcado por la Revolución industrial y el tipo de capitalismo que presupone, podemos destacar como pensadores muy próximos a la Ilustración (frente a otros ya románticos): Bentham, David Ricardo o Malthus. Jeremy Bentham (1748-1832) pasará a ser progresivamente un autor clave: en 1789 publicará *Una introducción a los principios de la moral y la legislación*, así como también su propuesta de nueva organización arquitectónica y disciplinaria —de gran futuro— llamada *Panóptico*.

Gran parte de su producción posterior, sin embargo, ya se proyecta más allá de nuestros límites temporales y de la Ilustración clásica. Algo similar podemos decir de pensadores de la economía política como David Ricardo (1772-1823) y Thomas Malthus (1766-1834).

Por lo que respecta a los ilustrados españoles afrancesados o revolucionarios, hay que mencionar a José Marchena (1768-1821), que tuvo que refugiarse en París en 1793, donde se alinea entre los girondinos y, a partir de 1795, participa en el salón de Madame Staël y rechaza a Rousseau en favor de Adam Smith; Moratín (1760-1828, *La derrota de los pedantes*, 1789; *La comedia nueva o el café*, 1792, y *El sí de las niñas*, 1806), Sarmiento, De Andrés, Sempere Masdeu, Mayans y Sicar.

Es destacable Antonio Campmany (1742-1813) que participó con Olavide en la repoblación de Sierra Morena, fue secretario perpetuo de la Real Academia de Historia en Madrid y jugó un importante papel en las cortes constituyentes de Cádiz. Significativamente introdujo dos grandes y, en adelante, permanentes temas hispánicos: la defensa de los intereses comerciales catalanes que consideraba maltratados (en la

mejor historia económica del XVIII *Memorias históricas sobre la marina, comercio y artes de la antigua ciudad de Barcelona*, 1779-92) y la “decadencia de España” (*Cuestiones Críticas sobre varios puntos de historia económica, política y militar*, 1807).

Algunos de los afrancesados suelen ser altos funcionarios y propietarios que se aproximan a José Bonaparte, defienden una monarquía constitucional (prescindiendo de la cuestión de las legitimidades) de modelo inglés, pero temen el caos y el Terror revolucionario. Quizá entre los más radicales hay que mencionar a León de Arroyal o Manuel de Aguirre.

Louis David, Goya, Constable, Turner

En Francia los períodos revolucionario y napoleónico ven triunfar un potente neoclasicismo, presidido por la figura de Louis David (1748-1825): *Asesinato de Marat* (1793), *Bonaparte en el San Bernard* (1800) y *La coronación de Napoleón* (1808). Sin embargo, en el resto de Europa se nota una importante deriva artística hacia el romanticismo: segunda etapa de Goya (1746-1828), en la que compagina los retratos reales, de Godoy, las “Majas” con la serie de grabados de *Los caprichos* (última década del XVIII), *Los fusilamientos de mayo* (1814), y las series *Los desastres de la guerra* y los *Disparates* (a partir 1810); aparición de los paisajistas románticos británicos Constable (1776-1837) y Turner (1775-1837); pintura romántica alemana, con C. D. Friedrich (1774-1840). Durante este período y especialmente en Alemania, hay una gran creación musical con Haydn (1732-1809) y Beethoven, que en estos años compone la Tercera sinfonía (*Heroica*).

¿Como acaba?

Si optásemos por una interpretación muy amplia y su-
prahistórica de la Ilustración, no tendría sentido acabar nues-
tro análisis aquí. Podríamos pensar en la Ilustración pervivien-
do hasta nuestros días igual que intuyéndola en toda la historia
anterior de la humanidad.

Pero otra cosa muy diferente es si queremos captar lo espe-
cífico del movimiento ilustrado que marcó el momento segu-
ramente más importante de la Modernidad occidental, más o
menos alrededor del siglo XVIII, y evitamos confundirlo con
otros también muy importantes anteriores como la Revolu-
ción científica o el racionalismo del XVII, y posteriores, como
el romanticismo, las filosofías de la sospecha o las propuestas
más “arracionalistas” del XIX.

Así, la Ilustración aparece como un decisivo proceso de
larga duración, diverso pero interrelacionado con otros pro-
cesos de gran alcance, que en conjunto definirán la historia
humana.

Desde esta perspectiva –quizá más atenta a las diferencias
históricas– vemos que, en el período revolucionario y napo-
leónico, la Ilustración ya sobrepasa claramente los conflictos
básicos en los que se engendró y desarrolló, mientras que se
entra en nuevos conflictos que no pudo prever. Entre estos
últimos podemos apuntar que ante el reto revolucionario de
apoderarse del Estado, en adelante el esfuerzo burgués se cen-
trará sobre todo en mantener el control del Estado y no ser
desplazado.

Ante el creciente impacto de la industrialización, el con-
flicto social pasó ya a definirse sobre todo en términos de
los movimientos socializantes y de las nuevas contradiccio-
nes económicas. Como que el antiguo régimen señorial, los
privilegios de estamento y los numerosos residuos feudales
van desapareciendo rápidamente y han sido absolutamente
desprestigiados por la labor crítica de los ilustrados, ésta deja
de ser percibida como valiosa por los románticos y, por el
contrario, se comienza a idealizar el período medieval o se-
ñorial (menos dominado por el dinero, menos hipócrita, más
heroico).

Vemos pues que precisamente porque en gran medida la Ilustración ha logrado muchos de sus objetivos y porque el desarrollo tecnológico, económico y social ha hecho el resto, comienza a ser prescindible. Ya no se la ve como la punta de lanza del futuro y, en cambio, se percibe como un planteamiento demasiado rígido, abstracto, frío, meramente intelectual, utopista e ingenuamente atado a los conflictos del pasado.

Por eso, la Ilustración pasó a recibir críticas constantes por algunas de sus características, tales como confiar en exceso en el mito del progreso, privilegiar en exceso la razón y menospreciar lo sensible y pasional, dar más importancia a las ideas abstractas que no a la realidad concreta, valorar demasiado los derechos meramente formales y olvidarse de su aplicación efectiva o privilegiar en exceso la perspectiva burguesa.

Por otro lado los grupos sociales e intelectuales más vinculados a la Ilustración, como cierta burguesía media alta y los grupos culturales más alfabetizados, pasan a ser sustituidos por otros: cierta burguesía media baja y grupos más populares que se incorporan a la alta cultura, y que a menudo son más radicales y socializadores; además de otros nobiliarios que no acababan de simpatizar con la Ilustración y que se sienten más cómodos con el romanticismo.

Asombrosamente, los ilustrados que en general eran tan críticos con la metafísica, ven como ahora se les critica y menosprecia desde nuevas propuestas metafísicas y aspiraciones a un absoluto que se pretende más vital y místico. La aparición de nuevas filosofías sistemáticas y metafísicas como el idealismo alemán, no puede sino sorprender completamente a los últimos ilustrados clásicos (como el viejo Kant). Algo semejante tiene lugar con el vital, sentimental y poético romanticismo (de Byron a Leopardi), con “pesimismo” muy críticos con la razón (el viejo Schelling y Schopenhauer) o las

nuevas religiosidades posilustradas (el alemán Schleiermacher y el danés Kierkegaard).

Finalmente, la “humanidad” tan sacralizada por muchos ilustrados comienza a ser disgregada y objetualizada por las ciencias humanas y sociales. Y eso a pesar de que muchas de estas se inician en plena Ilustración, como la economía política, la sociología, la incipiente lingüística, la antropología, y que otras como la política o la historia han sido cambiadas de una manera profundamente radical. En definitiva, nada ya volverá a ser como antes de la Ilustración, pero cada vez más tampoco exactamente como durante la Ilustración del siglo XVIII.

Bibliografia

- **Alcoberro, R.** (1992) *La filosofía de la Ilustración*, Barcelona: Barcanova.
- **Barzun, J.** (2002) *Del amanecer a la decadencia. 500 años de vida cultural en Occidente (de 1500 a nuestros días)*, Madrid: Taurus.
- **Burke, P.** (2002) *Historia social del conocimiento. De Gutenberg a Diderot*, Barcelona: Paidós.
- **Cassirer, E.** (1943) *La filosofía de la Ilustración*, México: F.C.E.
- **Chartier, R.** (1995) *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII*, Barcelona: Gedisa.
- **Fontana, J.** (2000) *La història dels homes*, Barcelona: Crítica.
- **Foucault, M.** (1968) *Las palabras y las cosas*, México: Siglo XXI.
- **Foucault, M.** (1982) *Vigilar y castigar*, Madrid: Siglo XXI.
- **Foucault, M.** (2003) *Sobre la Ilustración*, Madrid: Tecnos.
- **Gusdorf, G.** *Les sciences humaines et la pensée occidentale*, París: Payot. (1971) Vol. IV *Les principes de la pensée au siècle des Lumières*. (1972) Vol. V *Dieu, la nature, l'homme au siècle des Lumières*. (1973) Vol. VI *L'avènement des sciences humaines au siècle des Lumières*.

- **Habermas, J.** (1989) *El discurso filosófico de la modernidad*, Madrid: Taurus.
- **Hauser, A.** (1976) *Historia social de la literatura y del arte*, 2 vuelo., Madrid: Guadarrama.
- **Hazard, P.** (1941) *La crisis de la conciencia europea*, Madrid: Pegaso.
- **Hazard, P.** (1985) *El pensamiento europeo en el siglo XVIII*, Madrid: Alianza.
- **Hegel, G.W.F.** (1981) *Lecciones sobre historia de la filosofía*, México: F.C.E.
- **Horkheimer, M.; Adorno Th.W.** (1998) *Dialéctica de la Ilustración*, Madrid: Trotta.
- **Leon, V.** (ed.) (1989) *La Europa ilustrada*, Madrid: Istmo.
- **Mann, M.** *Las fuentes del poder social*, Madrid: Alianza. (1991) Vol. I. (1997) Vol. II.
- **Mayos, G.** www.ub.edu/histofilosofia/gmayos
- **Mayos, G.** (2004) *Ilustración y Romanticismo. Introducción a la polémica entre Kant y Herder*, Barcelona: Herder.
- **Mayos, G.** (2004) “Revoluciones filosóficas en años críticos” en *Revista de Occidente*, Madrid, n.º. 282, monográfico “Pensar en alemán hoy. Vuelve la Ilustración», noviembre de 2004.
- **Mornet, D.** (1977) *La pensée française au XVIIIè siècle*, París: A.Colin.
- **Plebe, A.** (1971) *Qué es verdaderamente la Ilustración*, Madrid: Doncel.
- **Pomeau, R.** (1988) *La Europa de las Luces*, México: F.C.E.
- **Rolf E. Reichardt** (2002) *La revolución francesa y la cultura democrática. La sangre de la libertad*, Madrid: Siglo XXI.
- **Sennett, R.** (1978) *El declive del hombre público*, Barcelona: Península.
- **Sloterdijk, P.** (1989) *Crítica de la razón cínica*, 2 Vol., Madrid: Taurus.
- **Starobinski, J.** (1971) *Jean-Jacques Rousseau. La transparencia y el obstáculo*, Madrid: Taurus.
- **Venturi, F.** (1980) *Los orígenes de la Enciclopedia*, Barcelona: Crítica.
- **Vidal, G.** (2004) *La invención de una nación. Washington, Adams y Jefferson*, Barcelona: Anagrama.
- **Vovelle, M.** (ed.) (1995) *El hombre de la Ilustración*, Madrid: Alianza.
- **Trías, E.** (1994) *La edad del espíritu*, Barcelona: Destino.
- **Villacañías, J.L.** (1988) *La quiebra de la razón ilustrada. Idealismo y Romanticismo*, Madrid: Cincel.
- **Wéber, M.** (1984) *Ensayos sobre sociología de la religión*, Vol. I, Madrid: Taurus.